

CUESTA ABAJO

COMEDIA DRAMÁTICA

EN CINCO ACTOS, EN PROSA

Estrenada en el GRAN TEATRO el 22 de Enero de 1906

QUESTA ABALO

COMITIA DRAVIA

ABDORR LAM MIVLEA COMIS 1911

SOLOS DRAVIA DE MONTAGI 1911

A la Sociedad

Centro Gallego

de Madrid

Emilia Pardo Bazán.

REPARTO

PERSONAJES

LA CONDESA VIUDA DE CASTRO
REAL.....
GERARDA, segunda mujer del Conde de Castro
Real.....
CELINA DE CASTRO, hija del Conde de
Castro Real.....
MANUELA, doncella.....
LA MARQUESA DE CASTEL QUE-
MADO.....
LA SABIDORA.....
LA COLOMBE.....
BABY, niño (no habla).....
EL CONDE DE CASTRO REAL.....
JAVIER DE CASTRO, su hijo.....
DON VENANCIO, capellán.....
RAMÍREZ DUARTE.....
CAÑAMERO.....
MURVIEDRO.....
GORITO CETINA.....
GERMÁN, ayuda de cámara.....
RAMIRO, arriero.....
JULIO AMBAS CASTILLAS.....
MANOLO LANZAFUERTE.....
ALONSO ALTACRUZ.....

ACTORES

Sra. Tubau.
Martínez.
Cobeña.
Valls.
Estrada.
París.
N. N.
N. N.
Sr. Villagómez.
Allens-Perkins.
Sánchez-Bori.
Miralles.
Gimbernato.
Villanova.
Monteagudo.
Molínero.
Agudín.
N. N.
N. N.
N. N.

Los cuatro primeros actos, en Madrid. El quinto, en los Pazos
de Castro Real, de Galicia

Advertencias importantes de la autora.— Si se juzgase
oportuno por razones de brevedad ó de conveniencia, el cuarto acto
de esta obra puede suprimirse en la representación.

Los renglones entre asteriscos pueden suprimirse también.

ACTO PRIMERO

La decoración representa una sala amueblada al estilo, ya anticuado, de la época de Isabel II. Suntuosidad amazacotada, sin buen gusto ni coquetería. Sofá y sillas de talla dorada; consolas; costurero; escritorio; retratos más antiguos que el mobiliario, algunos de casacón. Al fondo, una puerta cubierta con un cortinaje de damasco rojo, corresponde al oratorio; las cortinas, al descorrerse, dejan ver el altar. A la derecha, dos puertas: una que comunica con la escalera interior de la casa; otra que da acceso á las habitaciones de la Condesa viuda. A la izquierda un balcón y otra puerta. Al principiarse el acto, sobre las mesas arden luces en candelabros, además de la lámpara eléctrica del centro. Empieza á amanecer, y al terminar el acto es completamente de día. Derecha é izquierda, las del espectador.

ESCENA PRIMERA

MANUELA y GERMAN

GERM. (Apagando las luces y abriendo el balcón, por el cual entra débil claridad.) Lo que es esta noche, pa mí que la vieja no viene.

MAN. ¡Me has sacado de una dudal Como que está empezando á clarear.

GERM. Y por mí, mas que no viniese nunca...

MAN. No entiendo yo qué te estorba.

GERM. ¡Anda, salero! Pues como reparona y entrometida... ni encargada. Antes sirvo al demo-

- MAN. nio que á ella. Bueno es que no se le parecen los señores, que si no...
Cada amo tiene su genio... pero la señora es muy buena, ¿lo oyes? No la conoces tú ni de vista.
- GERM. ¿Que no la conozco? ¡Ojalá! Siempre que tuvo la comodidaz de venir, me la endosaron.
- MAN. ¡Sí; y de tanto trabajar reventabas! ¡Si no nos manda casi! ¡Si se lo hace ella todo! Yo le tengo ley á la señora. En sus Pazos de Castro Real nací, allí me crié, allí serví cuando mocita... Por cierto que entonces estaba la señora más hermosa que una imagen.
- GERM. Pues habrá llovido desde la fecha. No pensé que fueses tocino tan rancio, Marusa.
- MAN. ¡Bigardón! No hace falta ser rancio, para recordar guapa á la señora, que aun hoy, si me apuras, digo que le pone á su nuera la ceniza en la frente. Y á su nieta, ¡y á su nieta lo mismo!
- GERM. Ríete de las abuelas guapas y de los peces de colores... En haciendo treinta años que os peináis...
- MAN. (Señalando á la calva de Germán.) Por eso tú has acordado no usar peine.
- GERM. Los hombres nunca somos viejos.
- MAN. Os lo crééis y tan campantes. (Pausa corta, durante la cual arreglarán algo en las mesas ó en los demás muebles.) Germán, tú queienes tanta malicia... (Bajando la voz.) ¿no malicias á qué viene la señora?... Porque no se contaba con ella.
- GERM. (Bajando la voz también.) Habrá tenido soplo de lo que pasa aquí.
- MAN. ¿Y qué pasa, para que lo digas tan hinchado?
- GERM. ¿Que qué pasa? ¡Infeliz! ¡Cómo se ve que no tienes mundo! Pasa que esto se lo lleva el mismo diablo. ¡Malicia! Experiencia, hija, y

- MAN. costumbre de tratar con grandes señores, que es la gente que se trae más líos...
Pues mi señora de Castro Real gran señora es, y ningún lío se trae ni se ha traído nunca..
- GERM. Porque está anticuada, lo mismo que esta sala que se empeña en conservar así, como en sus tiempos. Si fuese una señora al estilo moderno, la gustaría la trapisonda... ¡Vaya si la gustaría!
- MAN. Pimiento picante habría que refregarte en esa lengua. ¿Qué trapisondas tienen las demás señoras de esta casa? Y eso que la señorita Gerarda... la señora Condesa... vamos, tan guapa como es, y tan poco caso como su marido le hace..
- GERM. Al señor Conde le agrada otro género, ¿entiendes? Género... averiado.
- MAN. (Riendo á pesar suyo.) Calla, maldito. Si te oyen...
- GERM. *Lo sentiría. No tengo ganas de irme, por *ahora... hasta ver en qué para el belén. Se *está mejor en estas casas de rumbo, mientras no pegan el estallido, que en otras *donde el ama cuenta los garbanzos y pesa *el azúcar.
- MAN. *¡Bonita experiencia la tuya! No has ido *sino adonde se aprende. (Hace ademán de *agarrar.)*
- GERM. ¡Stt! El señor.

ESCENA II

DICHOS y el CONDE DE CASTRO REAL

- CONDE (Viste de sociedad.) ¿Lo tenéis todo corriente? Al llegar la señora, el chocolate en seguida.
- MAN. (Con cierta familiaridad.) Mucho tarda, señor.
- CONDE Han telefoneado de la estación. El tren viene con retraso.

GERM. Descuide vucencia, todo estará listo.
 CONDE ¿Vela el jefe?
 MAN. No hace falta, señor Conde. Mejor que el cocinero sé cómo hay que hacerle el chocolate á mi señora... digo, á la madre del señor... ¡Se lo tengo hecho tantas veces en Castro Reall

GERM. ¿anda algo más vucencia?
 CONDE Tú puedes bajar; recogerás el equipaje... Tú, Manolita... dile á la señora que me haga el favor de subir.

MAN. ¿Y si la señora estuviese durmiendo?
 CONDE (Titubea un momento; al cabo se decide.) La despiertas. (Vanse Manuela y Germán.)

ESCENA III

EL CONDE, después GERARDA

CONDE Esta venida de mi madre... ¿Sospechará el estado de mis asuntos? ¿Algún mal intencionado?... No... ¿Quién iba á tener esa ocurrencia? Ella vive allá, tan fuera del movimiento, que nadie se acuerda de que existe... ¿Tal vez Gerarda? ¡Bah! ¿Para qué? ¡Quién sabe! Las mujeres, con sus nervios y sus caprichos... (Pausa.) Viene en mala hora. Me coge con el agua al cuello. Ella, que no se hace cargo de ciertas cosas, que tiene un candor gótico. Y vendrá... sencillamente á abrazarnos. De todos modos, cae mal. (Pausa.) *Yo reconozco sus méritos... No puedo quejarme de mi madre; me ha entregado mi herencia íntegra, sin reservarse nada... *;Pero ni me entiende, ni la entiendo!* Si me hubiese quedado cerca de ella, en nuestro solar, qué diferente mi suerte... ¡Bah! ¡Quién piensa en eso! Mala ó buena, cada cual tiene que vivir su vida, la suya, no la de otros... (Entra Gerarda. Viste un «deshabillé» ele-

gante: trae el pelo recogido al descuido, graciosamente: calza chapines de raso, muy finos, y media de seda. Evidente mal humor y enojo.)

GER. ¿Hay fuego? ¿Te parece que es divertido? ¡Cansada de esperar me acuesto, y apenas cierro los ojos, salte usted de la cama, y que se le arme la primer jaqueca, y querrás que haga los honores del almuerzo á los convidados!

CONDE Perdona, hija; te molesto... por necesidad. Tú, al menos, te acostaste, yo no; desde el Casino, aquí... Ni tiempo para cambiar de ropa.

GER. Será por tu gusto.
 CONDE Te engañas. ¡Era preciso, bien lo sabes! Y el caso es que no logré mi objeto; ni he visto á Duarte, ni á su adlátere Cañamero; no asomaron por allí. ¿Pero... tú... le habrás hablado en casa de Gracia Altacruz?

GER. No estaba anoche.
 CONDE ¿No le había convidado Gracia?
 GER. Sí le había convidado, incluso á comer; pero se excusó. Habría revuelo. Se hablaba de crisis.

CONDE ¿Pues por qué tenía yo necesidad urgente de verle, si no por eso? (Pausa.) La verdad, (Bajando la voz.) ¿anda huído Duarte?

GER. (Con intención.) ¿Huído? ¿Por qué había de andar huído? ¿No viene hoy mismo á almorzar?

CONDE Sí, á almorzar viene... y Cañamero también... Ojalá en este intermedio no haya volado la ocasión esperada... Gerarda, hablemos claro. No vamos á engañarnos tú y yo. Si no consigo pronto noticias muy adelantadas y muy seguras, entérate... estoy perdido.

GER. (Con ironía.) ¿Más aún?
 CONDE Déjate de ingeniosidades... Aquí no hay coro que te las celebre. ¿Quieres ayudarme, sí ó no?

- GER. Ya que sonó la hora de ser francos, dí hasta qué punto he de ayudarte.
- CONDE ¡Gerarda, Gerarda!
- GER. ¿Qué, qué? Hacía tiempo... que no gerardeábamos.
- CONDE Ya sabes que... por mí... no se ha establecido esta frialdad entre nosotros...
- GER. No; la frialdad fué mía: la causa, tuya... Nuestros arrullos poco duraron, hijo... pero, como no soy tórtola, voy resignándome. La vida está en prosa vil... Mi consuelo es el de los tontos, que son los grandes filósofos: mal de muchos... digo, mal de casi todas las mujeres...
- CONDE Ya sabes lo que pasa... Es cierto que no he sido lo asiduo que debiera... Distráido con los negocios..
- GER. Ya sé lo que pasa... ya sé cómo negocias... y lo mucho que tus negocios te absorben. Eso sí; con ellos, te has hecho poderoso...
- CONDE Mil veces estuve á pique de conseguirlo... Pero parece que alguien se complace en deshacer mis combinaciones. Y, ahora, precisamente ahora, es el momento decisivo. O caigo ó me levanto. Para levantarme necesito tapar brechas...
- GER. Ya es trabajo, ya, abrirlas primero y taparlas después...
- CONDE ¿Puedes decir, en conciencia, que las he abierto yo solo?
- GER. Hemos seguido tu impulso. Y á lo de las brechas, te ayudaron tus niños. Son un encanto en ese particular. ¡Ah! Te consta que no realizo el tipo de la madrastra de melodrama. Nos llevamos como ángeles los hijastros y yo. Celina se digna consultarme sus moños y cantarme sus romanzas; Javier... hasta me echa flores. Me coloca, en elegancia, á la altura de Lucy Silva, su *flirt* actual. Pero una cosa es que no nos tiremos los platos, cosa de muy mal género, y otra

- que no nos conozcamos á fondo. Celina necesita un bonito presupuesto para trapos. Javier fuma oro, derrite oro; es el rey Midas... á la inversa. Todo el oro del mundo lo vuelve ceniza en media hora.
- CONDE Hacén... lo que nos ven hacer. Tú no te privas. ¡En fin, no vamos á discutir esto!... ¡No te echés de la parte de afuera, que al cabo unidos estamos, hija, unidos!
- GER. A ratos lo olvida uno.
- CONDE Pues hay otros en que es indispensable recordarlo.
- GER. (Altiya.) ¿En qué tono me hablas?
- CONDE ¡Dios mío! Gerarda, no te pongas así; mi madre llegará de un momento á otro, y hasta por buen gusto, no quisiera recibirla con una escena conyugal...
- GER. ¡Mucho debo yo á tu madre! Como no desciendo de la pierna derecha del Cid, hizo cuanto pudo para que no nos casásemos. Verdad que eso debiera agradecerérselo yo.
- CONDE Olvidemos agravios.
- GER. Tú no tienes agravios míos que olvidar.
- CONDE Bien, lo reconozco, soy el culpable yo sólo... Pero, entérate; seremos los dos quienes nos hundiremos juntos.
- GER. Tengo mi dote. No apeles á mi interés.
- CONDE Convenido, tienes tu dote... Pero los que navegan en un mismo barco, se ahogan juntos cuando hace agua. Vamos á ver.. Gerarda... ¿tú me has querido un poco?
- GER. ¡Un poco! Te quise mucho, antes de... ¿A qué evocar lo pasado? Eso ha muerto. Ha muerto lo que tú quisiste matar.
- CONDE Un poco de transigencia, Gerarda mía... (Con insinuación de cariño.) Comprendo que hice mal... y que has debido alejarte, como te alejaste. Voy á cambiar de vida... Lo verás. Salvémonos primero, y acerquémonos después, ¿no te parece?... Déjame esta esperanza. (La toma las manos.)

- GER. (Aparte.) ¿Será cierto? ¿Podrá cambiar? ¿Resucitarán los días de felicidad y amor?
- CONDE Sólo necesito un golpe de suerte, como aquel del año pasado, ¿te acuerdas, después de aquella cacería en el coto de Lanzafuerte? Se reunieron allí tres ministros, hablaron delante de mí con entera confianza... Yo madrugué, me vine á Madrid...
- GER. (Pasándose la mano por la frente.) Esas rachas, una vez... La Bolsa es traidora... Los dineros del sacristán...
- CONDE (Más insinuante.) Si nuestro Duarte quisiese.. salir de su acostumbrada reserva...
- GER. (Friamente, desviándose.) Pues, preguntale.
- CONDE ¡No hagas que no me entiendes! ¡Gerarda, por Dios! Hay preguntas... que no puede dirigir un hombre á otro hombre. ¿Sí ó no, me ayudas; me tienes todavía un poco.. un poco de cariño?
- GER. (Aercándose otra vez.) Felipe... no sé si lo que me pides es malo ó bueno. Me suena á malo... Sin embargo, accederé, si me prometes solemnemente, ¿lo oyes? que cambiarás, que seremos un verdadero matrimonio. ¡Es hora de que lo seamos! Tengo miedo á la soledad, á lo que sugieren el despecho y el abandono. Tu honor es tuyo; si me arrastras á una indelicadeza, tú responderás.. Pero hay otro depósito, que ese es mi obligación guardarlo... y tenemos un niño, una criatura inocente... *Lo que me has confiado el día de *nuestra boda, quisiera devolvértelo intacto. *como administradora leal... * ¡Felipe, piensa en todo esto!
- CONDE Pensado está. Volveremos á ser amigos, Gerarda... y amantes... Por ese niño, por mí, haz lo que te ruego, Duarte, á tí, no te regateará la información. *Acuérdate de que tengo el agua al cuello. ¡Nada malo te pido! *Habilidad, un poco de diplomacia femenina... Averiguar, adelantarse.. Esto lo hacen

- *todos cuantos negocian, y á nadie extraña... *Y para nosotros es la salvación.*
- GER. ¡Felipe! Mira, mira que vuelvo á fiar en tí... Harías mal si me engañases; el sufrimiento mío está agotado. Hay risas muy mentirosas... he reído... por no entregar mi llanto á la burla. Me había casado enamorada, ¿sabes? Como en las novelas... ¡Y después, tú!..
- CONDE (Acariciándola.) En fin, al olvido todo eso... Creí que me detestabas... Aún podemos ser felices... ¿eh, nena?

ESCENA IV

DICHOS, LA CONDESA VIUDA, CELINA, JAVIER, MANUELA, cargada con una balija. GERMÁN, llevando también sacos y maletines. DON VENANCIO, con un saquito de cuero, un gran paraguas y un librote grueso, sujeto con correa de hebilla, parecida á las que cierran los devocionarios

- COND.^a (Alegremente.) ¡Bien! ¡Os encuentro como me gusta, como deben estar los matrimonios! Felipe, ¿no hay un abrazo para mí? (El conde la abraza.)
- CEI. Papá, ¿no ves qué guapa viene mamá madrina? Extrañó que no bajases á la estación.
- CONDE Perdona, mamá... Ocupaciones imprescindibles.
- COND.^a ¿A las seis de la mañana? Como yo no estoy al tanto de vuestras costumbres.. Ahora, á mi nuera. ¿Qué, no quieres abrazarme? ¡Dios te guarde, Gerarda! ¿Has madrugado tanto por mí? ¿Y el pequeñito?
- GER. Perfectamente. Ahora dormirá como un santo.
- CONDE (A los criados.) Esos bultos, á las habitaciones de la señora. (Los criados entran por la puerta de la derecha, volviendo á salir en seguida. A don Venancio.) Don Venancio, su cuarto está donde estuvo siempre (Señala á la otra puerta,) y pue-

- de usted soltar (sonriendo.) el saquito, el pagueas y el breviario.
- VEN. ¡Buen breviario te dé Dios! ¡Señor Conde! ¡Esto que llama breviario, es el nobiliario de la casa!
- CONDE ¿El nobiliario? ¿Qué nobiliario?
- COND.^a Entérate, oso. Un libro que don Venancio ha compuesto con todas nuestras andanzas y genealogías.
- CONDE ¡Ah! (Con indiferencia burlona.) Bueno, bueno... Pues deje allá la genealogía y los demás cachivaches... Germán cuidará.
- VEN. No, este saquito no lo entrego sino á la señora Condesa.
- COND.^a Venga... Neliña, (A Manuela.) llévalo y guárdalo bajo llave en el escritorio, el del gabinete antes de mi alcoba... Supongo que no me lo habrán quitado: ya sabéis que todo lo quiero invariable. (Sale Manuela y vuelve.)
- CEL. A nada se ha tocado; aquí se limpia y se arregla, pero no se quita ni se pone. No lo consentiría yo.
- COND.^a Así me gusta. A mi edad, todo se desea invariable; y cuando algo cambia, parece de mal agüero. Venid acá... ¡Tenía sed de vuestras caras! No me harto de verlas.
- CONDE ¿No sería bueno que trajesen el desayuno? Estarás desfallecida... Manuela, el chocolate.
- COND.^a No, Neliña, no; ya te lo pediré á su tiempo, para mí y para el padre capellán. El no puede desayunarse todavía... y no voy á darle envidia.
- VEN. Por mí no se moleste.
- JAV. Don Venancito, serrano, ¿se acuerda de cuando me llevaba á caballo por las viñas?
- VEN. ¡Señorito de mi alma! ¿No he de acordarme? Y cuando usía jugaba á cazar un lobo, y el lobo era yo, y tenía que gritar: ¡ou! ¡ou! á cada paso...
- JAV. Apéeme el tratamiento. Hábleme de tú, como entonces.

- VEN. (Asustado.) ¿Ahora, señorito? ¿Al primogénito de la casa? ¡No puede ser! Cuando determine de casarse con una gran señora, como le corresponde, y tenga chiquillos, volveré á llevarlos á cuestras á las viñas y les hablaré de tú. Y eso que ahora... no están las piernas como entonces. Pero en cambio, sé muchas cosas que no sabía, porque estudié el archivo y los papeles, y le puedo contar historias viejas. ¡Venga á Castro Real; le enseñaré unas ejecutorias magníficas, que andaban traspapeladas!
- JAV. Si me enseña billetes de Banco, voy. ¿Quién piensa en papelotes comidos de las ratas?
- CONDE ¿Y se puede saber qué impedimento hay para que don Venancio se desayune también?
- COND.^a Te diré, hijo mío... Una de esas niñerías que tenemos los viejos. *Mi cuerpo se sostiene, *pero el alma se me va volviendo chiquilla, *y no podéis figuraros las tonterías que se *me ocurren, y cómo disfruto con ellas...* Desde que Javier estuvo tan enfermo, con su pulmonía, y no me avisásteis por no asustarme, y hasta me escribíais que seguía perfectamente, ofrecí una misa á la Virgen de la Ermida, y que la oiríamos juntos el mismo día de mi llegada, aquí en mi oratorio, *con la alegría de vernos sanos, con el *temor de lo que Dios puede disponer de *nosotros...* Y por eso don Venancio no se desayuna... ni tampoco yo. Ya lo sabe usted, don Venancio: acérquese con Nela al oratorio, á ver si está todo en orden.
- CEL. Todo lo encontrará usted como si hubiese salido ayer de aquí la madrina. A fuerza de cuidarlos he llegado yo también á tomar cariño á estos muebles, no sé por qué. (Pasan Manuela y don Venancio detrás del cortinaje del oratorio. Don Venancio se descubre.)
- COND.^a Porque te infunden ideas de algo duradero.

Eso de estar volviéndolo todo patas arriba, es de ricachones improvisados y caprichos. Mientras un mueble sirve, ¿á qué renovarlo?

CEL.

¡Anda! Pues aquí, desde que tengo uso de razón, y ya ve usted que no hace un siglo, dos ó tres veces se han decorado las habitaciones. Primero nos sedujo María Antonieta, y todo fué blanco y pastoril; ahora nos sentimos prerrafaelistas, ó qué sé yo, y nos hemos lanzado al simbolismo... *Mucho de *ninfas acabando en un trapo retorcido, *mucho de sillones con patas de zanahorias, *de jarrones que figuran el llanto de una azu- *cena desgredada... Y ya ni sé cuales son azu- *cenas, ni cuáles son ninfas ni donde empie- *zan las enaguas, ni donde acaba la flor. ¡Un *lío fenomenal!

COND.^a

A mí que no me hablen de cosas nuevas: es tarde. Cada vez que tengo que desechar algún trasto viejo, siento gran pena; y si, por ejemplo, me faltase don Venancio... ¡Jesús, qué estoy diciendo! (Rien ella y Celina.)

GER.

Don Venancio es un santo.

COND.^a

¡Eso sí! Vestido y calzado, al cielo. Pero no tengo ganas de que pida tan pronto por la casa de Castro Real.

GER.

¿Tan pronto? No cumple los sesenta don Venancio.

COND.^a

*Hija mía, cuando quiero á una persona, no *le cuento los años. Además, los seres como *don Venancio, son siempre niños.* No, ahí donde le véis, sabe mil cosas: por afán de garrapatear su dichoso nobiliario, como él dice, se ha aprendido la historia, heráldica, ¡si es un pozo de ciencia! Y á tí, Javier, te adora. ¡El sucesor de la casa! Te supone todos los méritos y todas las virtudes.

JAV.

Pues si no está más fuerte en historia que en biografía...

COND.^a

¡Cómo te adorará, que él, que nunca se ha

metido en política, que, por no ser nada, ni carlista ha sido, hablaba el otro día de sacarte diputado por Castro Real! ¡Muñidor electoral don Venancio! (Manuela sale y pasa á la derecha, volviendo con mantillas, que entrega á Celina y á Gerarda.)

GER.

Celi, ¿para qué son estas mantillas?

CEL.

Como vamos á oír misa.

GER.

(Displicente.) Yo no puedo. Como no tengo costumbre de madrugar, la cabeza se me abre de jaqueca. (A la Condesa.) Me he levantado por no dejar de saludar á usted á su llegada: si no me acuesto ahora, tomo mi sello de trional y duermo un poco, no podré hacer los honores del almuerzo á la gente que Felipe ha convidado.

COND.^a

(Sorprendida.) ¿No estarás á la misa?... ¡Cómo ha de ser! Acuéstate, hija, y aliviate.

CONDE

Yo lo siento infinito, mamá. No tengo más remedio que salir, después de cambiarme de ropa, porque no voy á ir de día con este equipo. Entre bañarme y vestirme... una hora. Son las siete; á las ocho me aguarda mi agente...

COND.^a

(Con algo de disgusto y severidad.) ¡Felipe! (Reprimiéndose.) Bien, respeto tus quehaceres...

CONDE

Adiós, hasta luego... A las dos se almuerza. Bienvenida, mamá. (Vase.)

COND.^a

Veo que anduve inoportuna... En fin, lo esencial es que asista á la misa el interesado, el ofrecido, mi Javier... (Le coge y le besa en la frente.) ¡Cuando pienso que estuviste tan malo! ¡Que podías haberte muerto!

JAV.

(Algo cortado.) Mamá madrina, cree que tengo un disgusto... Figúrate que, ya puesto á madrugar, ó mejor dicho, á no acostarme para esperarte, combiné con unos amigos, cenando, irnos á la dehesa á probar los novillos que se han de lidiar en la becerrada que organiza Alfonso Altacruz... ¿Eh, Celi? ya sabes... Alfonsito... Y es probable que estén

ahí, en la esquina, porque me ha parecido oír la bocina del automóvil... ¿Perdonas, no es cierto? Un compromiso contraído...

COND.^a

(Enojada.) ¡Anda bendito de Dios! Yo, cayéndome de debilidad, voy á oír misa por tí, y tú te marchas á una broma! ¡No parece sino que rogaros que oigais una misa conmigo es mandaros subir un quintal de carbón! ¡La desbandada! (Javier se asoma al balcón, y se oyen la bocina y el traqueteo del automóvil.)

JAV.

¡Otro día, otro día! Hoy, la... casualidad...

CEL.

¡Abur, abur, madrina! (sale precipitadamente.)
(A la Condesa, que ha quedado triste y preocupada.) Bien se ve que no conoces el personal, ni el escenario, ni la comedia. Madrina, aquí nadie tiene nada que hacer, y nadie tiene tiempo para nada: aquí no se atrapa á nadie como no sea ofreciendo diversión ó comidá. ¡Floja pretensión la tuya! ¡Reunir una familia como la nuestra para oír misa, y á las siete de la mañana! ¡Si fuese á las doce de la noche, misa del Gallo y cena del faisán!

COND.^a

¿Y tú, vamos á ver, también tienes sueño, quehaceres, algo que te impida?..

CEL.

¡Yo, no! Yo estoy dispuesta á representar el heroísmo de la raza. Pediremos juntas por la salud de Javier.

COND.^a

No creas, hija mía, que tienes una abuela engarzarosarios. Yo rezo poco... Pero hay ocasiones en que me sale de aquí, ¿lo oyes? de aquí. (Pone la mano sobre el corazón.) ¡Esta era una! ¡Después de cuatro años de no veros... venía contenta, entusiasmada, con grandes proyectos, soñando acabar mis días á vuestro lado. ¡Ahora no vais nunca por allá! Mucho cariño tengo á mi aldea, pero á mis años, estar tan sola... Y mira, Celi... encuentro no sé qué raro en esta casa... Además, mi presencia riñe con el modo de vivir de tus padres. Sospecho que entende-

mos de diferente modo cosas muy importantes... ¡Les quiero y me parecen unos extraños!

CEL.

De cierto, aquí no se vive como vivirá usted allá.

COND.^a

Eso sería lo de menos. Se puede vivir de modo distinto, sintiendo igual. Lo único que separa es el sentir... En fin, esto es hablar por impresión... porque me ha disgustado que no me complazcan en cosa tan pequeña.. Es que venía con el corazón abierto, de par en par... Traía planes, esperanzas, mucho cariño... ¡Qué se le ha de hacer! Con tal que ellos sean dichosos á su manera... ¿Y tú, Celi? ¿No se piensa en cartarte?

CEL.

No... Ni piensan, ni pienso.

COND.^a

Pues á tu edad... Una muchacha...

CEL.

Ya no hay muchachas. Ese género se acabó. En cambio tampoco hay viejas. Todas las mujeres aquí tienen cierta edad: la edad de ser temibles.

COND.^a

Yo quisiera que me explicases... detenidamente... ¡Tenemos tanto que hablar!

CEL.

Ya no hay tiempo. (Señala al oratorio, cuyas cortinas ha descornado el lacayito, que entró por la primera puerta de la derecha. Se ven las velas del altar encendidas. Las señoras se tocan las mantillas precipitadamente.)

COND.^a

Vamos, hija, vamos á oír misa... por los que no la oyen.